XIII.

Desde aquel memorable dia, quedó entronizado el poder de Napoleon III en la patria de Guautimotzin.

El procónsul frances se imponia con el primer ejército del mundo.

Al subir al escaño de la conquista ese microscópico Hernan Cortes del siglo XIX, declaró solemnemente: "Que la cuestion de las armas habia terminado."

A los cuatro años, el mariscal Bazaine respondia desde Orizava á esa declaracion arrogante del gefe de la espedicion francesa.

CAPITULO OCTAVO.

UN ALOJADO.

I.

La señora de Fajardo no pudo comprender el motivo de la emocion de su hija, en todo pensaba menos en la verdadera causa.

El diplomático estaba contentísimo, sus ilusiones, como él decia, estaban realizadas, y solo faltaba que sus ambiciones quedaran satisfechas.

El ayuntamiento comenzó á emitir boletas de alojamiento, esa contribucion forzosa impuesta por los invasores, como el primer síntoma de su política de opresion.

El entusiasmo de los intervencionistas rayaba en locura, todos se soñaban en la corte de Francia y en las intrigas de Versalles, sin sospechar que pudiera *sucederles algo*, como en la célebre comedia de *Llueven bofetones*.

--Yo necesito, señor de Fajardo, decia la rubicunda de doña Canuta, que se me proporcione un alojado: lo necesito de toda necesidad.

—Bien, reflexionó el diplomático, por algo se empieza; de esa manera me pondré en contacto con el ejército intervencionista, tendré acceso á sus tertulias, y mi génio diplomático me abrirá las puertas del porvenir.

—Yo no quiero esperar un dia mas, porque nos tocará lo peor del ejér-

cito; necesitamos unos generales ó cuando menos coroneles; de ese grado no rebajo un ápice. En la casa hay bastantes piezas, y si no los alojaria en la nuestra.

—Despues que la hayamos desocupado, dijo el diplomático.

—Se entiende, respondió doña Canuta. Yo prepararé un alojamiento de rey. A tus oficiales los pondré al servicio de nuestros huéspedes, aunque ese Manuel Estrada á quien le falta un miembro de la boca, me parece altamente inconducente.

—Ese hombre es muy vivo, es mi secretario, y no consentiré jamas en que se le improvise de lacayo ó mozo de cordel. Un diplomático debe tener una oficina doméstica y un secretario.

—No está mal pensado, observó doña Canuta, nos servirá á los dos, tú tienes muchas ocupaciones y yo tengo que arreglar varios asuntos.

—Y como sigue nuestra hija? preguntó Fajardo.

—Hoy se ha ido, respondió doña Canuta, á pasar el dia con su amiga Clara.

—Es necesario que se divague mi Luz, su belleza realzará en la corte donde tantos hombres acuden á presentarse. Anoche me han corrido un desaire horrible, pasé á visitar al señor Dubois de Saligny que casualmente tenia un té. Un infernal frances me tomó por el repostero, y con voz gruñona me dijo:

—Ya haceis falta, ¿dónde están vuestros pasteles?

—¿Qué pasteles? le contesté; al principio creia que era alusion á los *pasteles* diplomáticos; pero despues me convencí de la realidad.

—Caballero, le dije, yo no tengo trazas de vendedor de empanadas, soy el caballero Modesto Fajardo.

El frances se encogió de hombros, y me dijo: perdone usted, caballero Fajardo, lo habia equivocado con el individuo de los rabioles; el señor ministro tiene reunion esta noche y no puede recibir sino á sus invitados.

—Es cierto, le contesté, conozco la etiqueta europea, yo creo que no debo estar un solo momento en esta casa, y dándole las buenas noches me alejé de aquel lugar tan molesto.

—Es necesario dar un *té danzante*, no se me habia ocurrido hasta ahora, invitaremos al subsecretario de Hacienda y de Relaciones, y á una parte de la oficialidad francesa.

—En un convite se arreglan mas asuntos que en un ministerio, respondió con petulancia el diplomático.

—Sí, ahora lo que importa, es proporcionarse un alojado que es la clave de todo este negocio.

II.

—Señor, dijo la criada entrando precipitadamente, unos oficiales franceses buscan á usted.

—Ellos son! gritó doña Canuta, que pasen, que pasen al momento, son los alojados, Dios mio, y sin haber preparado las piezas.

—Me distinguen, dijo don Modesto, enviándome un *alojado*, ¡oh! es preciso corresponder decentemente.

Doña Canuta se sentó en el confidente despues de arreglarse su traje.

Don Modesto Fajardo se compuso la peluca, tosió, se arrellanó en la poltrona, cruzó la pierna y esperó la llegada del *alojado*.

Un sargento de caballería del Regimiento de Cazadores de Africa, recien ascendido á subteniente, penetró en la sala donde la pareja Fajardo esperaba.

El alférez de Cazadores, era una especie de bruto con uniforme, exajeradamente alto, y parecia delante de aquel matrimonio al capitan Gulliver en el país de los liliputienses.

El soldadon tenia unas manos de pasiego y unos piés de metro y medio de longitud; sus acicates estropeaban la alfombra, y él estropeaba la vista con su presencia.

Mascaba tabaco y escupia continuamente; en fin, era un ordinario de marca.

Lo habia seguido hasta la sala un asistente con la maleta, el albardon y un par de botas horriblemente grandes, todo lo que constituia el arreo del alférez Poleon.

—Entró á la sala con la impavidez que á una cuadra, y tocándose el kepí, dijo:

—Buenos dias.

—Buenos dias, munsiur, se apresuró á contestar doña Canuta.

—A la órden, caballero, dijo levantándose el diplomático.

El alférez Poleon entregó el billete de alojamiento.

—Yo soy, dijo don Modesto, el dueño de esta casa que se os señala como alojamiento.

—Bien, respondió el soldadon, veré la casa por si me conviene.

—Aun no está dispuesta, respondió la señora.

El alférez creyó que le eran hostiles y se dejó caer en el confidente.

—Siéntate allí y descarga el equipaje, le dijo á su asistente, mientras esta señora va á disponer el alojamiento.

Los Fajardos se vieron asombrados.

—Lo que son las costumbres, murmuró el diplomático.

Levantóse doña Canuta, haciendo un saludo gracioso al oficial, que no reparó sino en las narices prolongadas de la ama de la casa.

Cambió una mirada de burla con el asistente, y dirijiéndose al diplomático, le dijo:

—Necesito tres piezas amuebladas con todo *confort*, un cuarto para mi asistente y una buena caballeriza, con esto obsequiarán ustedes á la autoridad francesa.

—Señor oficial, creo no tener precisamente todo lo que usted necesita, pero se hará por obsequiar á la respetable autoridad francesa.

—Yo no me satisfago con *rendez vous;* si no es bastante amplia la casa, pueden ustedes mudarse donde mejor les convenga.

—Dupen, dijo dirijiéndose al soldado, saca un tabaco; pero no mas uno, este caballero no tiene trazas de fumar, puesto que aun no me ha hecho ofrecimiento alguno.

—Efectivamente, contestó Fajardo, no acostumbro fumar.

—Ni obsequiar á los huéspedes, añadió Poleon, encendiendo un fósforo que hizo el ruido de un cohete á la *congrève*, y comenzó á fumar un tabaco arrojando bocanadas de humo.

—No es mucha la galanteria francesa, pensó el diplomático.

—La buena de la tia se tarda mas de lo regular y yo tengo que pasar revista á doscientos caballos.

—La *tia!* murmuró por lo bajo el diplomático, este soldadon es un ordinario.

Poleon se levantó impaciente, y comenzó á pasearse á lo largo de la sala resonando sus pesados acicates que hacian surco en las alfombras.

—Hace un año, dijo, que estoy en este maldito país y no he encontrado una persona con quien hablar.

Ya hemos dicho que el alférez creia estar en una casa juarista y se mostraba un poco mas ordinario de lo que era.

—Y qué noticias hay? interrogó bruscamente á Fajardo.

Este vió un lazo en esta pregunta, y respondió con énfasis:

—Nada sé, esa gente nada tiene de comun con nosotros los intervencionistas.

—En Africa, continuó Poleon, poco nos faltó para acabar con aquellos animales, aquí me parece mas difícil.

El diplomático abrió desmesuradamente la boca.

—Dáme el tabaco de mascar, dijo el alférez á su asistente.

El soldado abrió el equipaje, y no encontrándolo, se propuso buscar escrupulosamente en la maleta.

Comenzó á sacar la ropa blanca del alférez y todos los útiles de campaña, colocando todo con mucho cuidado en las sillas de la sala, pues temia, y con razon, una paliza de su alférez.

En el fondo de la petaca estaba envuelto en un periódico el susodicho tabaco.

—¡Lo encontré! dijo con gusto, y lo llevó al oficial, quien le dió una tarascada de á media libra.

—¡Dios mio! qué es esto? dijo doña Canuta, al ver tanto trapo sobre el brocatel de sus muebles.

—Mi ropa, dijo el alférez, usted no se moleste, me instalo en esta sala, dormiré en el confidente, y este soldado en las sillas; escribiremos sobre el piano y haré mi *toilette* en la consola.

—Venga usted, señor oficial, dijo asustada la señora, y con la nariz ardiendo de cólera, venga usted á ver el alojamiento.

El oficial se paró bruscamente, diciéndole á su asistente:

—Cuida de que no se estravíe algo, porque en este país hay muchos ladrones.

III.

El señor de Fajardo no sabia á que atenerse.

Doña Canuta llevó al oficial á ver las piezas interiores.

—¡Por vida de la nariz de usted! esclamó Poleon, que este sótano es abominable, me agrada mas la sala.

—Qué salvador tan soez! murmuró la Fajardo. La casa no presta comodidad, en la caballeriza están las mulas del coche y no hay lugar para mas animales. Usted no está bien aquí.—(Chúpate esa!)

—No hay mas que sacarlas y quedo redondeado.

—Y adónde las sacaremos, preguntó molesta doña Canuta.

—Ese no es mi negocio, contestó el alférez arrojando una catarata de humo en el rostro de doña Canuta.

—¡Puf! dijo la infeliz, este hombre no es frances!

—¿Quién es ese cernícalo que está en la sala? preguntó Poleon, debe ser esposo de usted, no es verdad? al verlos se conoce, tal para cual; pero dejemos esos horrores y volvamos á la cuestion del alojamiento.

—Ya usted ha visto lo que podemos proporcionarle.

—Es bien poco lo que usted puede hacer, no me queda mas, que con el permiso de vdes. tomar posesion de las piezas que me convengan, yo vengo en nombre de la Francia.

—La Francia, dijo doña Canuta, es ciertamente muy respetable, pero ella no puede hacer que crezca esta habitacion.

—Sí puede, replicó Poleon, con dinero todo se alcanza, no hay mas que pagarme el hotel y todo queda arreglado.

La Fajardo vió abiertas las puertas del cielo, hubiera dado toda su fortuna por salir de aquella situacion horrible.

—Sí, dijo violentamente, tome usted en el hotel cuanto le plazca, que yo lo pago todo.

—Arreglado, dijo Poleon, y volviendo á la sala le mandó al asistente que lo siguiera, y sin despedirse del diplomático, se largó con la música á otra parte.

IV.

—Yo me ahogo, esposo mio! esclamó doña Canuta.

—Yo estoy sofocado, replicó el diplomático, esto es espantoso, ese hombre se ha permitido bromas sobre tu nariz, eso es un ataque á la individualidad.

—Viene de Africa y trae todos los resabios de los sarracenos, dijo la Fajardo.

Don Modesto estaba contrariado visiblemente; comenzaban sus tropiezos, la diplomacia fallaba en la primera combinacion.

—Ya veo, dijo con tristeza el hombre de Estado, que entre ese ejército de veteranos hay héroes muy ordinarios.

—La galantería francesa se ha desmentido hoy dia de la fecha, esclamó doña Canuta. Ese soldadon es lo mas brusco del mundo, y pensar que todos los gefes del ejército han tenido los mismos principios!

—Yo ocurriré á la plaza á quejarme de este desafuero; sacar en presencia de una señora, calcetines y otras piezas de ropa inconvenientes! Si

Napoleon supiera estos ataques, estoy seguro que pondria un remedio eficaz en su alta sabiduría y diplomacia.

—No se portaria este alférez de la misma manera en presencia de la Emperatriz.

—Ya se ve que no! gritó irritado el diplomático, estaba por quebrarle una silla en la cabeza.

V.

Los acicates del alférez volvieron á resonar en la antesala.

—Jesus me ayude! dijo asustado D. Modesto, si me habrá escuchado.

Poleon entró sin hablar y comenzó á buscar algo que habia perdido.

Los franceses no permiten nunca que se les estravíe el menor objeto.

Comenzó á mover los muebles con rabia.

—¿Qué se ofrece, caballero? preguntó Fajardo.

—Qué se ha de ofrecer, respondió el alférez azotando una silla contra el suelo y haciéndola mil pedazos, que aquí la he dejado, estoy seguro de ello.

—¿Qué ha dejado usted? preguntó temblando doña Canuta.

El alférez se encaró al diplomático.

—Usted, sí señor, usted la tiene!

—La qué? preguntó asustado D. Modesto.

—Qué ha de ser, la caja de los fósforos que he dejado olvidada.

—Hombre! yo no me habia de tomar esa friolera, ¡por Dios!

—Me han dicho que en México hay muchos ladrones, y aquí se me ha estraviado la caja.

Quitóse el kepí para limpiar el sudor, y los fósforos cayeron al suelo.

—¡Voto al diablo! dijo, me los habia puesto en el kepí; vdes. perdonen.

Y volvió á salirse precipitadamente, no sin haber recogido hasta el último cerillo.

VI.

—Esto pasa de la raya, gritó el Sr. de Fajardo, se me ha insultado en mi propia casa; y tener que pagarle á ese caribe el hotel!

—¡Oh infamia! repitió doña Canuta, *ubinan franceses sumus? in*